

# ¿Llegaron al Cielo los Astronáutas?

Un lector nos pregunta: ¿Es cierto que los viajeros espaciales han llegado al cielo?

Respondemos: Sí, al cielo interplanetario. No, al Cielo de los Bienaventurados, que nada tiene que ver con el primero.

P. Micó Buchón, S. J.

A raíz de los logros astronáuticos rusos, el ateísmo ha organizado un clamoroso concierto, a toda orquesta, y en tono mayor. Según esa propaganda el hecho de que un hombre ruso, metido en un cajoncito de metal, haya dado unas vueltas a la tierra y haya podido felizmente volver a salir de su peligroso cascarón, es un triunfo sin igual, grandioso, del pensamiento soviético, y una confirmación aplastante de la tesis del ateísmo.

Ahora está todo claro, y los ateos pueden respirar tranquilos: han subido al cielo, han echado una mirada "inteligente" sobre los "locales" de la divinidad y han podido comprobar que no estaba Dios sentado en su trono, como un rajá oriental, con todos los ángeles, arcángeles y santos tocando el arpa.

Titov no encontró santos en el cielo.

Titov, el cosmonauta ruso No. 2, contó en una "entrevista" que —mientras iba el pobre bien preocupado por manejar todos los mandos de su artefacto— oía las radios de la tierra emitiendo sus programas; hasta oyó que algunos hablaban de los "santos del cielo"; y añadió con una sonrisa de suficiencia:

"Hubiera querido yo que esas gentes estuvieran conmigo en aquellos momentos. Y habrían visto lo que hay en el cielo".

El Sr. Titov veía el cielo vacío de santos. Claro que veía poco cielo: lo que más veía y le interesa no perder de vista —por si acaso— era la tierra! Del cielo veía tan poco que en realidad casi no veía nada.

No queremos quitarle el mérito de embarcarse en aquel coco de metal, dejarse disparar como un perdigón y atenerse a todo lo que pudiera pasar. . . Tiene su mérito. Y todos esos pioneros del progreso humano merecen nuestro respeto, admiración y agradecimiento (1). Antes que él, Cristóbal Colón embarcado en unas naves de madera, se lanzó al arriesgado viaje por lo desconocido, y descubrió América, atravesando de punta a punta el Atlántico; antes que él Magallanes y Juan Sebastián Elcano se arriesgaron en barcos igualmente inseguros, sin radio, televisión, ni vestidos protectores, en un viaje alrededor del planeta, y lo realizaron con no pocos afanes y dejando su piel muchos de ellos, por el camino, como el propio capitán; antes que él en aventuras más recientes, Bleriot atravesó en un aparatito, sólo, el canal de la Mancha, y llegó a entusiasmarlos; como hicieron también los héroes del "Plus Ultra", el hidro que saltó de España a la Argentina; o Lindberg, en su parecido vuelo atlántico.

Todos son gestas grandes que merecen nuestra admiración y aplauso.

---

(1) N. de la R.— No todos los autores son tan generosos sobre el admitir como verdaderos los vuelos soviéticos del espacio. Los marxistas que se jactan de no creer sino lo que ven, como materialistas que son, y de usar de la mentira como arma de combate, no tienen derecho a pedir a nadie que admita bajo su palabra, la existencia de tales vuelos.

Gagarin tampoco vió nada.

Y desde luego, lo son las de Gagarin, de Titov, y de los norteamericanos Shepard y Glenn que a pesar de todo el lujo de precauciones y seguridades, revestían especiales dificultades y peligros evidentes. No en vano, primero se ensayó el viaje, con perros y monos, con lo que, los primeros viajeros cósmicos ya no pudieron ser como grita una revista soviética (1), súbditos del imperio comunista, sino unos modestos individuos del reino animal.

Pero lo curioso es el aire de conquista atea que quieren dar a la aventura rusa.

Gagarin habla como quien ha descubierto el cielo. Aunque es verdad que al ser interrogado desde su base: —“¿Ve Ud. algo?”, tuvo que responder: —“En este momento nada”.

Algo tuvo que ver, naturalmente, lo mismo que sus émulos rusos y yanquis: vieron la tierra un poco desde lejos, y algunas estrellas un poco —¡muy poco!— más cerca. Se acercaban a la orilla del cosmos. Como uno que se acerca a la playa y se moja con las suaves olas que mueren allí, algo sabe del mar, pero, ¡hay aún tanto mar detrás de eso, en las profundidades del océano, que el que sólo haya paseado por la playa, o en una barquita, no podrá, en verdad, hablarlos de los maravillosos mundos abisales!

A muchos miles y millones de kilómetros, sobre la nave de Titov se extendía el mar inmenso de los mundos de Dios. Antes de decir a los periodistas que lo había encontrado vacío, podía haber prolongado varios... miles de años, su viaje, sin llegar al extremo del mar de los astros. Entonces tampoco hubiera encontrado, desde luego, “la orquesta de los Santos y la silla de Dios”, pero al menos habría visto la soberana grandeza de los astros y estrellas, en número casi infinito, su movimiento cósmico seguro y maravilloso en su sencillez, constante, infalible en su marcha; y él, que admiraba sin duda, con beatífico agradecimiento las mentes soviéticas, constructoras de su pequeña ratonera astral, habrían podido descubrir, tras la marcha imponente de los verdaderos astros, de los verdaderos “cuerpos celestes”, una Mente divina, Superior, Constructora sublime de las auténticas y seguras naves espaciales. Y si se hubiera alejado algo más que esos escasos 300 Kms., desde una mayor distancia, hasta se le habría ofrecido nuestra pequeña tierra, —con el Imperio Soviético y todo—, como una segura y agradable nave espacial, disparada —sin cohetes—, a 30 Kms. por segundo, a través de una pista— la galaxia donde nos movemos de dos trillones doscientos sesenta mil doscientos billones de Kms! Y ocupada, no por un hombre bien agarrado y provisto de camisas de fuerza protectora, sino por miles y millones de hombres, mujeres y niños, que pasean, toman café en el bar,, montan en bicicleta o pescan con caña, como si tal cosa.

Y si entonces, algún agente del Turismo cósmico, le hubiera podido informar de que iguales a esta simpática nave cósmica, la Tierra, existían cien millones, rodando por la pista de la Vía Láctea; y que además había “allí cerca” como unos dos millones de nebulosas, semejantes a la Vía Láctea “nuestra”... pienso que el Sr. Titov hasta se hubiera avergonzado de ir por esos sitios con su “biscuter” del espacio, y hubiera descubierto la infinita limitación de los cerebros que después de tanto esfuerzo, de siglos acumulados, no habían podido poner en marcha más que aquella máquina suya.

De ahí a admitir ya, entusiasmado y convencido, la presencia del Gran Ingeniero Cósmico, el Dios Creador, no habría más que un paso, en buena

(1) “Naouka i Religia” que quiere decir “Los ateos soviéticos”.

lógica elemental. Aunque es dudoso que las leyes de la lógica elemental sean admitidas en el mundo soviético y ateo.

Al Sr. Gagarin le pasó otra cosa inesperada. Después de su aventura— un poco menos gloriosa que la de Titov,— pues a él no le dejaron conducir su coche, sino estarse quieto, lo más tranquilo posible, y esperar hasta que le hicieran salir del tubo, una dama comunista francesa, Jeanette Vermeersch, gritó entusiasmada en un "meeting" de propaganda:

"Hoy es el día de la ascensión. Pero no se trata de la ascensión de un ser supuesto, inventado, llevada milagrosamente. No! Es un robusto y bello mozo, de 27 años, un joven comunista, Gagarin, el que ha subido más alto que el cielo!"...

Supongo que no estaba presente el protagonista, quien de seguro no se pudo sentir émulo de Cristo Nuestro Señor ni de la Virgen Asumpta, porque en un recipiente de 4.700 Kgs. le hubieran enviado un rato a dar vueltas en torno a la tierra, con la esperanza ardiente de volver a ser pescado, con su "Vostock" acá abajo.

Hacia falta toda la imaginación de Jeanette para convertir esa penosa y lograda aventura en una ascensión al Cielo del Poder y el Amor eterno, que no es precisamente el espacio interplanetario.

Pero todas estas manifestaciones tan anticientíficas, y de evidencia cariz publicitario, no pueden extrañarnos.

Al fin, ni Mme. Jeanette ni el Sr. Titov eran científicos, podrían muy bien tener ideas un tanto suspintas sobre lo que significa el Cielo o la Ascensión para los católicos, y permitirse hacer sus curiosas y personale manifestaciones ateas.

**Habla un científico.**

Pero el caso es más serio cuando el que habla no es un robusto mozo de 27 años, ni una camarada propagandista, sino un hombre científico, de categoría intelectual, que pretende respaldarse en su autoridad de sabio. Los sabios no deberían ser juguetes de sus lirismos, ni servidores de la propaganda, sino de la verdad, y de la ciencia. Y sin embargo, la lectura de algunos documentos publicados en la prensa soviética nos dejan atónitos por la insinceridad e informalidad científica que revelan.

El académico científico letón, G. Naan, ha llegado a escribir en la revista soviética "Ciencia y Religión":

"La única cosa que los instrumentos inteligentes de los "sputniks" y de los cohetes cósmicos no han registrado han sido los menores indicios que prueben la existencia de Dios y de su ejército celestial. El significado ateísta de estos vuelos es tan complejo que no es fácil describirlos; pero no podemos decir que se han borrado definitivamente las fronteras entre lo celeste y lo terrestre. Los "sputniks" y los cohetes cósmicos son cuerpos terrestres que se hacen celestes, y sin embargo han sido creados por el hombre, no por Dios".

"La creación de estos cuerpos artificiales celestes constituye un testimonio aplastante de la victoria de la concepción científica, materialista, atea, sobre la concepción religiosa"...

"La religión enseña que los hombres, no todos, sino sólo aquellos que sean profundos creyentes, y que no han cometido pecado, podrán llegar al cielo, y esto después de la muerte solamente. En realidad, a pesar de esto, nuestros contemporáneos irán al cielo en vida; pocas gentes pueden dudar que los primeros viajeros cósmicos serán los ateos oriundos de un mundo ateo: ¡los soviéticos!"

Da verdadera pena leer unos párrafos tan pobres, tan falaces, tan anti-científicos; y pensar que mentes sencillas podrán recibirlos como "última palabra de la ciencia".

Ante el trasnochado argumento, ya pasado de moda, de que en el espacio cósmico no se ha registrado la presencia de Dios y de su ejército celestial —fórmula que repite lo de que "el bisturí del cirujano no ha registrado el alma del operado"— les podríamos responder con aquello también de que "nadie ha podido registrar la razón y las ideas de una cabeza"; testimonio aplastante de que no hay ideas ni razón en la cabeza. Y el científico Naan, no tendría más remedio que decirnos que aunque las ideas naturalmente no se ven, ni se registran, se ven y se registran los efectos de las ideas, prueba, ahora sí, aplastante de que existe la invisible razón. Sin embargo el Sr. Naan no ha querido aplicar esta evidente explicación, a su problema sobre el maravilloso mundo cósmico.

Y desde luego, el otro argumento de que la construcción laboriosa e insegura de esos artefactos que él apellida con excesivo optimismo "cuerpos celestes" es "un testimonio de la victoria de la concepción científica, materialista y atea", se derrumba aún más de prisa sólo con explicar al académico letón que si él se entusiasma por esos inventos, no sólo de los rusos, sino de la humanidad, que han ido preparando la posibilidad de esos experimentos, tras siglos de espera y esfuerzos vanos, a nosotros nos parece enormemente más aplastante la victoria de la concepción científica y divina que explica, por la creación amorosa de Dios, el viaje multiseccular y fantástico, por los espacios infinitos de todas las estrellas y todas las constelaciones.

¿O es que el Sr. Naan quería sostener que el vuelo efímero de sus "sputniks" supone la gran potencia de la mente soviética que lo justifica; pero el vuelo sublime de los astros, no necesita explicación?

No. Sr. Naan: la puesta en órbita de esos cohetes y cápsulas son un triunfo del hombre, sí, pero no suponen ninguna victoria materialista y atea. Todo lo contrario: son la prueba de lo que vale el espíritu frente a la materia. Y si algo prueban no es, cierto, la negación de Dios, sino su magnífica confirmación.

El lanzamiento de esos engendros es como el premio al lento y vacilante avance de la mente humana en el descubrimiento de las maravillosas fuerzas de la creación; premio al hallazgo de las grandes leyes del cosmos, puestas por el Creador, y al humilde y esmerado sometimiento a ellas. Por eso, los astronautas han tenido que enfundarse en sus cápsulas protectoras, y someterse a tan varias precauciones.

Esos triunfos prueban, solamente, que con muchos siglos de retraso, el hombre de hoy, por esa llamita preciosa que es su espíritu —chispa de Dios— empieza a conocer y a provechar la obra del Creador. Y el día en que con un salto de cientos de millones de kilómetros llegara a acercarse algo más a esos enjambres de mundos, ese día podría conocer un poco mejor la grandiosa obra de la Creación.

Los cielos cósmicos —vistos de lejos, de muy lejos por nuestros impertinentes mosquitos aéreos— siguen cantando la gloria de Dios.